

TECNOLOGIA PARA MEJORAR LA PRODUCCION ANIMAL EN AREAS DE GANADERIA EXTENSIVA: OPORTUNIDADES, DESAFIOS, INTERROGANTES

*Ing. Agr. Jaime Rovira**

Si hoy, después de casi veinte años, volviera a la Facultad de Agronomía a dictar el curso de Producción de Carne Vacuna, en materia de diagnóstico de la situación en el Uruguay, prácticamente diría lo mismo que en aquel entonces.

Siguen vigentes, con muy poca variación, los mismos factores que marcan los índices de producción que han permanecido inamovibles. Si bien es cierto que se han notado cambios importantes en algunas zonas y a nivel de establecimientos particulares en cualquier lugar del país, los mismos no han sido lo suficientemente significativos como para mover los bajos índices generales promedio que sigue presentando la producción de carne vacuna en el Uruguay.

Sin lugar a dudas que el área extensiva de producción ganadera tiene una cuota parte de responsabilidad muy grande en este panorama, debido a su extensión y a la falta de adopción de "nuevas" tecnologías.

Es justo mencionar que dicha área, por sus propias características que determinan la mencionada extensividad, presenta aspectos particulares que la diferencian de otras zonas en donde se dispone de más tecnología a aplicar y de más seguridad en las inversiones.

Si en las zonas de ganadería ex-

tensiva no se han producido cambios en los índices de producción es por la sencilla razón de que los sistemas de producción no han cambiado mayormente, al no haber variado la oferta de forraje.

La ganadería vacuna de carne en el Uruguay ha sufrido profundos cambios en donde ha habido una propuesta tecnológica extra de naturaleza agrícola.

Tradicionalmente esto había sucedido en la zona agrícola del litoral oeste, aunque no en forma muy ajustada en sus comienzos. En los últimos años en el este y noreste, el arroz y la soja han transformado zonas de producción ganadera extensivas. El cambio ha sido espectacular a través del dinero que ha llegado al productor ganadero y de la instalación de praderas con volúmenes de producción impensados para la zona. La renta que recibe el productor ganadero del arrocero es de tres a cuatro veces mayor que el valor de la producción promedio ganadera por hectárea.

¿QUE ES LO QUE TIENE QUE CAMBIAR?

Es muy claro que no ha de ser una sola cosa la que tiene que cambiar. No existe, lamentablemen-

te, esa única solución mágica que arregle el problema de la baja producción en forma global.

Sin lugar a dudas, y como vamos a tratar de demostrarlo, hay un cúmulo de factores que están actuando e interaccionando en forma continua. Tratar de priorizar esos factores es una tentación y un desafío. A nivel nacional han de ser los mismos; aunque su importancia relativa puede variar bastante.

Antes de puntualizar esos factores que ya son de orden técnico y de manejo, se considera pertinente hacer algunos comentarios generales sobre aspectos que tienen que ver con la introducción y adopción de cambios en los sistemas de producción.

Cambio de Actitud o de Mentalidad

El concepto de extensividad va muy asociado al de no prever soluciones a situaciones que es dable esperar acontezcan. Esta definición equivale a decir que se está sujeto a cómo venga el año, que se depende en grado sumo de la benignidad o de la rigurosidad del invierno, de si va a llover mucho o poco y, por lo tanto, de si va a haber mucho o poco pasto, que en última instancia es lo que va a determinar el nivel de

^(*)Ing. Agr., MSc. S.U.L.

producción de los animales.

Baste citar un ejemplo para adelantar desde ya aspectos que consideramos sumamente relevantes y sobre los cuales se volverá a insistir más adelante.

Si se dice: *"En las áreas ganaderas extensivas el bajo nivel nutricional durante el invierno es el factor más importante en determinar los bajos índices de producción"*.

¿Estamos de acuerdo con esto?

Y si estamos de acuerdo, es clarísimo que tenemos que trabajar para buscarle una solución técnica y económica a este problema.

Cuán sabias fueron las palabras de un viejo profesor de Nutrición en los albores de nuestra Facultad de Agronomía cuando dijo que el problema de la ganadería en el Uruguay era que no nevaba y que los animales podían permanecer durante el invierno en el campo. Si nevaba, el problema de la alimentación invernal tenía que haber sido resuelto en el mismo momento que se inició la explotación ganadera en nuestro país.

El resultado es que bajo condiciones de pastoreo sólo a campo natural los animales comen poco o muy poco, con las consecuencias que ya analizaremos.

Una reflexión más con respecto a este problema de cambio de actitud, por encima de las que pueden ser realidades económicas coyunturales. Hace apenas tres años el país sufrió una sequía tan grave, que ha sido catalogada como la más grande, incluso con consecuencias peores que la de 1942-43. Hoy en día ya se habla poco y nada de la sequía que tanto le costó al país y a los productores. Se tiene el convencimiento de que van a pasar más de 50 años para que se vuelva a repetir algo semejante.

Pero se produjeron dos hechos muy importantes: el primero, mu-

chísimos productores suplementaron sus ganados durante el invierno con diferentes clases de alimentos. La consigna era salvar animales. Más que válido el argumento.

El otro hecho importante fue que se demostró que el país tiene capacidad para proveer esas reservas de alimentos, que normalmente están disponibles, pero que sin embargo no se usan como tales.

Después de esto, parece válido que uno se pregunte: ¿Y por qué la consigna no sólo sea la de salvar animales, sino la de hacerlos producir más eficientemente, sin provocarles año tras año la penuria forrajera invernal, que como veremos inmediatamente, tan negativamente repercute en el proceso global de producción. Esto es un cambio de actitud.

Suplementación Invernal

En las áreas ganaderas extensivas la razón principal por la cual no ha habido cambios en los índices de producción, es que no ha habido cambios sustanciales en la oferta de forraje, especialmente en algunos momentos clave.

El campo natural prácticamente es el único recurso forrajero. El margen de mejora en la productividad, a través de un manejo racional del mismo, es muy estrecho. Tenemos que ser realistas en esto.

No se trata de quitarle méritos al campo, porque vaya si los tiene. Pero no le exijamos más de lo que puede dar. Los clásicos e inamovibles 45 kg de carne vacuna; 10 kg de carne ovina y 5.5 kg de lana por hectárea corresponden a aproximadamente unos 2.200 kg de materia seca por hectárea y por año. Y ¿no es esta, aproximadamente, la producción promedio de nuestro campo natural? Entonces, ¿por dónde tiene que venir el cambio?

Por esto mismo es que se considera que al manejo del campo natural se le debería agregar otra técnica de manejo, como es la de la suplementación. La aplicación de esta técnica en países de ganaderías pastoriles de avanzada, con marcadas diferencias de oferta de forraje a lo largo del año, se torna en imprescindible para lograr altos índices de eficiencia técnica y económica.

Este tema amerita estudiarlo profundamente, midiendo las respuestas físicas y económicas. Es evidente que no se puede seguir dependiendo, en un altísimo porcentaje, de cómo "venga el año". Este es el concepto que define básicamente la extensividad. Disminuir el efecto año es sinónimo de perder algo bastante de "extensividad" y, al mismo tiempo, ganar algo de "intensividad".

Las pérdidas en ganadería no son solamente las muertes. Mucho más importantes son las pérdidas en eficiencia. Pocos han de tener idea del valor de los kilogramos que pierden los animales en el invierno o que no se ganan. El costo en materia de kg de alimentos es cuantioso, ya que se tira por la borda todo lo que se consumió para hacer esos kilos y después todos los kilogramos adicionales para volver a alcanzar el mismo quilaje de la entrada al invierno. Sumado a eso está el atraso en llegar al peso de faena, con uno o dos años más de los debidos. Piénsese en el costo de la fracción de mantenimiento, que es de un 70% del total del alimento consumido. Estar en el campo un año o dos años más, representa varios miles más de kilogramos de pasto. Es una buena forma de inutilizar forraje.

El mismo argumento es válido cuando se debe esperar hasta los tres años para entorar a las vaquillonas, cuando con poca cosa más - ¿suplementación invernal al año y

medio de edad?- se puede hacerlo a los dos años.

Una tercera interrogante más. ¿Cuántos terneros menos se logran en vacas con pérdidas excesivas de peso durante el invierno, al ser incapaces de entrar en celo en el siguiente entore?

Todas estas interrogantes exigen rápidas respuestas con el signo de pesos al lado. Hay que cuantificar efectos. Hemos vivido mucho tiempo, quizás demasiado, aferrados a la idea de que ciertas tecnologías no se podían aplicar porque eran muy costosas, tan costosas que los probables beneficios que se pudieran obtener a través de su aplicación no compensaban la inversión. El desafío de hoy es que hay que demostrar si esto es realmente cierto.

TECNOLOGIA DISPONIBLE

Dentro del tema de la tecnología disponible se harán algunas puntualizaciones en aquellos puntos que se considera puedan necesitar algún ajuste.

En primer término, se debe reconocer que el grado de adopción por parte de los productores dista mucho de ser el deseado. Se puede decir que es más que insuficiente. Además, se ha notado que muchos productores adoptan una determinada técnica que forma parte de un conjunto de medidas, que para que realmente provoquen cambios sustantivos tienen que ponerse en práctica globalmente. Si así no es, en gran medida funciona la ley del mínimo y entonces las respuestas positivas esperadas no aparecen.

Estos comentarios son especialmente aplicables en lo que se refiere al manejo del rodeo de cría. Sin lugar a dudas que este tema es el

que más atención ha merecido por parte de los técnicos y se ha escrito y hablado muchísimo. Sin embargo, el "mensaje" no ha llegado bien a destino, incluso en sus aspectos más básicos.

El principio básico en la producción de carne vacuna bajo régimen de pastoreo es acompañar al máximo los ciclos naturales, porque ir contra ellos equivale a encarecer un proceso de producción que de por sí es de muy baja eficiencia. Baste pensar que apenas se recupera como producto comestible sólo el 5% del total de la energía consumida por los animales.

El concepto anterior se resume en una frase clave y para recordar siempre: hacer coincidir máximas necesidades alimenticias de los animales con la máxima producción de forraje en cantidad y calidad. Este concepto es el que determina fechas de entores y de parición y época de destete.

En los típicos campos criadores del país en las áreas extensivas lo mencionado anteriormente cobra gran significación dada la marcadísima estacionalidad del crecimiento de la pastura a través del año.

Pues bien, esto no sólo no se aplica bien, sino que incluso se discute. Como siempre que sucede algo así, es porque falta la prueba concluyente de resultados experimentales.

Ultimamente, tratando de mejorar la eficiencia reproductiva, muchos productores han manejado el doble entore, de primavera-verano y el de invierno con parición en otoño. Esta práctica de manejo no ha sido motivo de investigación en el país, pero sí se ha puesto en práctica y es en general bien recibida por los productores. Su grado de adopción parece no ser bajo, a pesar de atender contra los principios básicos y más elementales del manejo animal

bajo condiciones de pastoreo. No creemos que sea un aporte positivo, todo lo contrario.

A fin de disipar dudas al respecto, muy bien vendría llevar a cabo una investigación comparando diferentes sistemas de producción.

Dentro del cúmulo de medidas que comprende un programa de manejo de un rodeo de cría, hay un aspecto que se quiere puntualizar muy especialmente, ya que se considera que no se ha estudiado lo suficiente. Es el que tiene relación con la pérdida de peso de las vacas preñadas durante el invierno y su efecto sobre la fertilidad en el siguiente entore.

Si bien otros países tienen bien estudiado y medido este efecto, no es extrapolable para otras condiciones. Mucho se ha hablado del manejo fisiológico de la vaca de cría, especificándose que en invierno pueden perder "algo" de peso sin afectar su comportamiento reproductivo posterior, siempre y cuando recuperen su peso al momento de comenzar el entore. Para las pasturas que trabajan los neocelandeses, han comprobado que esa pérdida de peso puede alcanzar a un 10% del peso vivo. Pero para las condiciones uruguayas, en base a campo natural, ¿se podrá recuperar esa pérdida de peso en tan poco tiempo? Parecería que no, de acuerdo a los índices de preñez que se obtienen.

Puede que estemos haciendo uso y abuso de los manejos fisiológicos y de las restricciones alimenticias. Se insiste, este es un punto clave que requiere que se genere información.

Lo cierto es que en Nueva Zelanda las vacas de cría nunca están en mal estado, aunque se les aplique un manejo fisiológico. Este no es sinónimo de vacas flacas en algún momento.

Retornando a la tecnología dis-

ponible, es posible que muchas veces pueda ser subvalorada, por tan "trillada" y como consecuencia de ello se estén esperando nuevas informaciones, que como toda cosa nueva, despierta interés y podrá cambiar la situación de estancamiento. En este sentido se pueden inscribir nuevas razas y cruzamientos, entore a los 15 meses, transplante de embriones, sincronización de celos, etc. Pero el ABC, básico, fundamental e imprescindible para que todas esas cosas nuevas puedan operar positivamente, no está funcionando bien o se aplica mal.

Por eso es bueno que cada uno, de tanto en tanto, autoanalice su explotación y de ahí surja el convencimiento de que cosas "por demás sabidas" no se están haciendo bien.

El criador tiene que tener bien claro que la producción de terneros depende del estado de las vacas durante el entore. De poco vale tener vacas en buen estado en otros momentos. Todo el manejo debe culminar en ese objetivo.

LA DOTACION

Comencemos con dos preguntas: ¿Es la adecuada en la zona extensiva? ¿Quién tiene argumentos técnicos y económicos para decir que es alta, baja o adecuada?

Para el promedio de los años, la impresión que uno tiene y como ya fuera expresado, es que el campo natural está exigido al máximo, tan al máximo que se puede considerar que se está trabajando con dotaciones que son más de mantenimiento que de producción.

Se puede plantear la misma duda que con el uso y abuso de los manejos fisiológicos de los vientres. ¿No será que también al concepto de a mayor dotación, mayor producción, se le ha llevado a extremos peligrosos y

se esté trabajando en la parte descendente de la tan conocida curva de Mott?

La exigencia de producir más ha conducido a incrementar la dotación. Los índices de producción que ayer generaron excedentes importantes -de los que muy bien vivió el país- hoy ya no son suficientes para las exigencias actuales que tiene que enfrentar el país.

Se puede pensar que la dotación es baja en muchos establecimientos, ya que es común la quema de campo a fines de verano. Sin embargo, no creemos que sea así. Lo que pasa -y en cierto modo similar a lo que sucede con la producción mundial de alimentos para la humanidad- es que no es un problema de escasez, sino de mala distribución el por qué se muere tanta gente de hambre.

La tan marcada estacionalidad de la producción de pasto a través del año -en algunas zonas mucho más marcada que en otras- es la responsable de que paradójicamente, para una dotación promedio, en algunos momentos sobre forraje y en otros escasee a niveles alarmantes. Con los sistemas actuales de producción, la escasa o nula producción de forraje determina que la dotación en invierno sea baja a fin de evitar posibles mortandades. Esto es conocido por todos los productores: la dotación de un campo la marca la receptividad durante el invierno. La definición de campo bueno o malo tiene mucho que ver con esto.

El resultado es que después, en primavera y verano, se acumula tanto pasto que es imposible comerlo; pasto que se endurece y pierde calidad nutritiva. Al quemar pasto quemamos quilogramos de carne, constituyéndose en una declaración pública de impotencia de lograr un buen manejo de la pastura, salvo que se considere que la quema como

norma general de manejo sea una buena herramienta. Dejemos descansar en paz al Profesor Bernardo Rosengurt. Corolario: evitar la quemazón es también una forma de restar extensividad.

Una forma de disminuir esos sobranes es mantener más animales en invierno, al mismo tiempo que hacer un manejo adecuado desde el punto de vista fisiológico de los animales, haciendo coincidir mínimas necesidades con mínima oferta de alimentos.

Esto solo no es suficiente; sí es una ayuda importante para mantener una dotación relativamente alta durante el invierno. Pero lo realmente impactante debe ser el incremento de la oferta de alimentos, ya sea producidos dentro del establecimiento o que vengan de afuera. No hay otra forma. ¿Será alguna vez norma? Alguna vez tendrán que aparecer los números. Hay mucho para hacer. Es un vastísimo campo de investigación.

Es muy común oír el razonamiento que se puede suplementar o no, en función de la relación de precios entre el quilogramo de carne y el del alimento. Pero el análisis debe ir mucho más lejos de eso. ¿Y qué costo tienen los terneros no nacidos de vacas que llegaron flacas al entore, de las vaquillonas que tienen que permanecer un año más en el campo para ser entoradas, de los novillos que tienen que seguir comiendo un año o dos más para llegar al peso de faena? ¿Se ha contabilizado todo eso a nivel nacional? Tenemos que hacerlo lo más rápido posible.

Una pequeña digresión que escapa un poco al tema, pero que parece importante puntualizar. El ganadero de estas zonas extensivas, a pesar de las importantes limitaciones provenientes del medio, está más cerca del máximo potencial de

producción en su explotación que el productor ganadero de zonas agrícolas.

Existen pruebas, a nuestro criterio bastante convincentes, de que las vacas de cría en el Uruguay no comen la cantidad y en algunos momentos la calidad del forraje que tendrían que comer. Esto estaría explicando gran parte del hecho de que la fertilidad promedio del rodeo de cría fluctúe en el orden del 60% al destete. En años buenos, porque son de mucho pasto, se llega a 80% y algo más. Y en los muy malos, a menos de un 50%. Parece una prueba irrefutable de que en promedio falte alimento y se presenten las variaciones lógicas del "efecto año", síntoma evidente de extensividad.

Los neocelandeses dicen que una vaca de 400 kg de peso vivo que desteta un ternero de 150 kg come al año 3.800 kg de materia seca. Durante 6 meses come el 70% y el 30% restante en los otros 6 meses. Es de esperar que esa vaca dé cría todos los años. Nuestras vacas en buen estado reproductivo pesan menos de esos 400 kg y destetan terneros también de menos peso, bajo condiciones de campo natural.

Con la dotación actual del país y a pesar de las menores exigencias alimenticias mencionadas, nuestras vacas están bastante lejos de llegar a comer lo que realmente necesitarían para lograr un buen comportamiento reproductivo. Hagan los cálculos que se hagan, no se llega. Además no es un problema de cantidad solamente, sino también de calidad. Hay momentos clave, como ya se mencionó, en que sólo hay una alternativa: estar en buen estado y comer bien. De poco sirve comer bien en otros momentos.

Sin embargo, es común oír y bregar para recuperar nuestro stock vacuno, llegar a 11 millones de cabezas, y no se piensa mucho en

bajar el stock lanar, ni tampoco en la necesidad de incrementar sustancialmente la oferta forrajera. ¿Se logrará incrementar la dotación y al mismo tiempo la productividad? Sin ser pesimista, pero por todo lo que se ha dicho hasta aquí, parecería que no va a ser posible. Una simple pregunta, como son todas las preguntas, para pensar: ¿Qué pasaría si se comparara una dotación de 0.6 UG/ha frente a otra de 0.8 UG/ha? ¿Se podrían lograr más terneros? ¿Qué pasaría con el tapiz? ¿Qué pasaría con la producción de carne/ha? El manejo del campo natural ¿se haría en la misma forma que con 0.8 UG/ha?

COMENTARIOS FINALES

La peor enfermedad de los vacunos en el Uruguay es la mala nutrición, que siempre ataca en invierno y, a veces, en verano. Lo peor es que a diferencia de las demás enfermedades, se sabe cuándo y cómo ataca, y sin embargo, generalmente no se toman medidas. El daño que causa es inmenso. No son sólo los animales que se mueren, sino las secuelas que deja al bajar la eficiencia y productividad de los animales. En general no pensamos en esto, sino, incluso, nos contestamos después de pasar un invierno, que sólo se murieron los animales en la proporción normal esperada.

Según el experto en sequía que recientemente nos visitara, el Dr. Donald Wilhite: "La sequía es un hecho natural y seguirá ocurriendo; no existen técnicas para impedirla, pero sí para prevenirse". Si a esta frase le cambiamos "la sequía" por "el invierno", resume perfectamente nuestro pensamiento.

Recientemente apareció en la página rural de un diario montevidea-

no un corto editorial bajo el título "Existe gran inquietud en el sector ganadero", del cual se extractan algunos comentarios:

"La ocurrencia de intensas heladas en gran parte del territorio comienza a causar preocupación a nivel de los sectores productores, que hasta ahora estaban trabajando favorecidos por las condiciones benévolas del invierno".

"...los últimos días el frío se ha intensificado, provocando inquietud fundamentalmente por el estado de los ganados".

"...se indicó enfáticamente que la helada ha quemado todo, lo que quiere decir que las pasturas se resentirán de inmediato".

Estos comentarios desde tiempo inmemorial se vienen repitiendo a la entrada del invierno. ¿Es que nadie esperaba que esto ocurriera?

Se reitera que las apreciaciones que se han venido haciendo son válidas especialmente para la zona de ganadería extensiva, sin infraestructura agrícola, con serias restricciones para la instalación de praderas anuales y permanentes. Resolver el problema invernal en zonas agrícola-ganaderas es tarea relativamente fácil, aunque en la práctica, en general, dista bastante de estar bien ajustada. Pero existe la chance de hacer reservas de diversa índole.

El desafío es encontrar soluciones. Ya muchas se conocen, pero no se aplican o se aplican mal para la ganadería extensiva, que es la que posee la mayor cantidad de animales y ocupa también la mayor parte del país.

Esta presentación no podía finalizar sin hacer referencia a los sistemas de producción -en relación a la composición del stock- en las zonas ganaderas extensivas. Este tema está muy estrechamente vinculado al MERCOSUR y su influencia sobre la producción vacuna del Uruguay.

El MERCOSUR promoverá en el Uruguay la intensificación de la cría, teniéndose que transformar en áreas criadoras, áreas en donde hoy se realiza ciclo completo e incluso sólo invernada. El Uruguay tendrá que convertirse en un excelente productor de terneros, teniendo que desaparecer los novillos de 4 años. La invernada sólo será rentable en áreas agrícola-ganaderas, con terminación de novillos jóvenes.

Los establecimientos de ciclo completo tendrán que ir disminuyendo, lo mismo que aquellos criadores que le agregaban una recría de novillos a su sistema de producción. Todos estos cambios beneficiarán a la cría, que se transformará en una producción mucho más eficiente, por lo tanto más rentable. Los vientres no tendrán más la competencia por el forraje con los novillos, en la que siempre perdían.

Sin lugar a dudas estos hechos favorecerán al sector criador, pero de ninguna manera eliminan los problemas que hemos visto afectan a la

cría. Por el contrario, nos crea un compromiso mayor para elevar los índices de producción.

Desde niños hemos oído hablar de las ventajas comparativas del Uruguay en materia de producción ganadera. Pero ¿será esto realmente cierto para nuestros días? Si existieran esas ventajas comparativas, ¿por qué no se ha progresado?

No se trata de buscar culpables, pero sí se trata de salir del estancamiento. No interesa discernir qué cuota de responsabilidad le cabe a las políticas seguidas para con el sector y a los productores por otro lado. Digamos que es reponsabilidad del país, que no ha podido crear las condiciones para producir mucho más y darle viabilidad al sector. Porque parece evidente que si así no fuera, hasta se puede cuestionar el futuro ganadero.

Si no aparecen los cambios y si uno de ellos, sin duda el más importante, el de una mayor inversión, no se concreta a la brevedad, no vamos a poder seguir por mucho tiempo

más. Confiamos en las tecnologías, especialmente basadas en el manejo animal, que no implican mayores gastos, pero quede claro que no son suficientes para provocar los cambios que se necesitan. Se necesitan importantes inversiones. Hay que crear las condiciones para que así sea y esta debe ser una tarea de todos, gobierno y productores.

No hay ningún misterio. La ganadería, como cualquier otra actividad económica, no tiene otro fin que obtener ganancias en su actividad. El resultado económico se mide muy fácilmente, ya que no es otro que la diferencia entre ingresos y costos. Los innegables aumentos en los costos de producción no se han visto compensados por incrementos en los volúmenes de producción. Y éstos, a su vez, no han cambiado por falta de inversión, fundamentalmente. Rompamos de una vez el círculo vicioso, porque a la ganadería extensiva en esto le va la vida.

Agosto de 1991